

LECCIÓN 51.^a LA NUEVA JERUSALÉN

1. La última meta del creyente

Cada reformador social abraza su propia utopía. La historia guarda en sus archivos muchos sueños utópicos acerca de la posibilidad de crear alguna vez en este mundo una sociedad perfecta, justa y bella. Pero no son sino sueños archivados, nostalgias de anhelos frustrados. Tenía que ser así, porque una humanidad pecadora no puede crear una sociedad impecable.

Dios, sin embargo, ha ideado una meta para la humanidad que no queda en sueños o fantasías, en proyecto impotente. Es la ciudad con fundamento, la única que los tiene auténticos y valiosos (Heb. 11:10, 16), la nueva Jerusalén (Apoc. 21), a la que irán a morar todos los redimidos de Cristo, el pueblo nuevo que Él ha comprado con su sangre. En el libro del Apocalipsis leemos acerca de aquellos «cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero» (Apoc. 21:27). Pablo, al escribir a los cristianos de Filipos, les recuerda que «nuestra ciudadanía está en los cielos» (Fil. 3:20), en la santa ciudad, la Jerusalén celestial, o como alguien ha traducido: «Somos una colonia del cielo en la tierra.»

En tanto que estamos en este mundo, somos una comunidad de emigrados en lejanas tierras, distantes de la patria. Y mientras somos como extranjeros aquí, no lo somos para la nueva Jerusalén (Ef. 2:19 y ss.), a donde esperamos ir cuando el Señor nos llame. La verdadera morada del creyente es la Ciudad de Dios; en este mundo somos peregrinos. No porque hayamos de despreciar al mundo, a la manera de los gnósticos, sino todo lo contrario.

Con todo, el creyente no puede sino desear los nuevos cielos y la nueva tierra en donde morará la justicia y se cumplirá perfectamente la voluntad de Dios. No es cuestión de cielo o tierra, de espíritu o materia (categorías helénicas, como vimos en la primera parte de nuestro libro), sino de buscar la comunión perfecta con Dios y el ámbito aquel en donde su voluntad es norma jamás infringida.

2. Descripción de la sana ciudad

La Ciudad de Dios no se modela a la manera de las fe ciudades de los hombres. Se la llama Sion, o nueva Jerusalén, o la santa ciudad, tomando como título típico el de aquella capital que David conquistó y convirtió en cabeza de su Reino (Heb. 12:22; Apoc. 21:2). A lo largo del periodo de los reinos de Judá y de Israel, durante el reino unido o tras la separación de los reinos, cuando la cautividad y al regreso de Babilonia, siempre fue Jerusalén el centro no sólo de la vida nacional, sino del fervor y de las esperanzas mesiánicas que giraban en torno al prometido Hijo de David. El centro supremo de la espiritualidad israelita se hallaba en Sion (,cf. Sal. 137:4-6).

Aquella devoción de los antiguos judíos piadosos por todo lo que Jerusalén representaba (no la moderna superstición, que parece buscar bendición mecánica en el simple contacto de las manos y la cabeza con las piedras que quedan de las murallas del templo derribado el año 70), es el modelo de nuestra devoción y anhelo por la Jerusalén celestial. «Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir» (Heb. 13:14). Lo imperfecto e injusto de todos los sistemas sociales, políticos, culturales, etc., que el mundo ha conocido —y los que conocerá todavía, si el Señor no vuelve antes— obligan al cristiano a perder su confianza en ellos como modelo del estado final de felicidad al que Dios tiene destinado al género humano. Solo el gobierno de Cristo puede asegurar la estabilidad duradera, la justicia constante y la creatividad gozosa que el hombre —y la sociedad— ahogan sin cesar, de frustración en frustración, de fracaso en fracaso.

Nada inferior a los designios de Dios podría satisfacer a quienes hemos sido hechos a su semejanza. Sólo el Reino de Dios es concepto absoluto para el cristiano.

La descripción de la santa ciudad que nos ofrece Apocalipsis se basa en la Jerusalén terrenal. Esto conviene a su estilo simbólico, adecuado para describir realidades que de ninguna manera podemos entender por anticipado. Tenía razón Bernard Ramm cuando

escribía que existen dos periodos bíblicos difícilmente comprensibles para el hombre: los días de Adán antes de la caída, y la eternidad en la nueva Jerusalén. Son épocas imposibles de imaginar por nosotros, porque nadie ha vivido jamás experiencias parecidas, aunque fuese remotamente, a lo que supone vivir sin haber pecado antes, como Adán, o en un estado glorificado y eterno, superadas las limitaciones de tiempo, espacio y pecado. Toda lectura que se haga del Apocalipsis debe tener en cuenta esto.

El Señor ha preparado un reposo para su pueblo en la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, en donde una innumerable compañía de ángeles y la iglesia de los primogénitos que están escritos en los cielos gozan ininterrumpidamente de la presencia del Señor, Juez de todos y Salvador de los bienaventurados, hechos ya perfectos (Heb, 12:22).

De acuerdo con el estilo apocalíptico, arriba mencionado, la Biblia describe la nueva Jerusalén como una ciudad oriental, llena de edificios que brillan como perlas. Y la riqueza, la belleza y la prosperidad son descritas en términos de piedras preciosas u oro y demás metales de valor. Y así como las murallas estucadas en blanco de la ciudad terrena ofrecían desde lejos al viajante su brillo al reverbero del sol del mediodía, así también las deslumbrantes construcciones de la nueva Jerusalén la hacen una urbe atractiva, fuente de luz para todas las naciones.

La descripción de Apocalipsis utiliza expresiones negativas y positivas. Se distingue por lo que posee y por aquello de que carece. Su principal, y obvia, característica es la gloria de Dios que todo lo llena (Apoc. 21:11, 23) y todo lo sustenta. Simboliza, además, la divina presencia en medio de los seres humanos. A Dios se le representa siempre como una luz refulgente, incandescente. Como cuando apareció a Moisés en la zarza que ardía y no se consumía (Ex. 3:2). La nube de fuego que descendía sobre el tabernáculo (Ex. 40:34), y más tarde sobre el templo de Salomón (2.^a Crón. 7:1), indicaba que Dios había condescendido a morar con su pueblo de una manera singularmente íntima y nueva. La Ciudad de Dios parece aproximarnos más la cercanía y la presencia divinas (valga la redundancia), siempre reales para el creyente, pero que en la nueva Jerusalén uno diría que han sido potenciadas:

«He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios» (Apoc. 21:3).

La gran ciudad santa de Jerusalén (Apoc. 21:10) tiene doce puertas con doce nombres inscritos, que corresponden a los de las doce tribus de Israel. Ofrecen acceso universal a todos los pueblos y razas y hablan elocuentemente de la universalidad o catolicidad de la revelación del Antiguo Testamento, dada para ser luz y bendición a todas las familias de la tierra. Las misericordias de Dios no son exclusivamente para una sola clase, o nación, o raza, o época. Todos los creyentes son bienvenidos e invitados a pasar por las doce puertas, al amparo de las realidades veterotestamentarias, vindicadas eternamente en la ciudad de Dios.

Los doce ángeles a las puertas (Apoc. 21:12) son los guardianes. Excluyen a los que no han sido lavados con la sangre del Cordero, y dan la bienvenida a los justificados con dicha preciosa sangre. ¡Qué contraste con el querubín del Edén, puesto allí con espada flameante para cerrar el paso al árbol de la vida!

Los doce fundamentos tienen sobre ellos los nombres de los doce apóstoles (21:14), los testigos definitivos de la verdad y la salvación de Dios (Ef. 2:20-21) asentados sobre ellos, quienes a su vez se apoyan en la piedra principal del ángulo, Jesucristo mismo. Si el Antiguo Testamento —simbolizado en las puertas— vindica las bendiciones veterotestamentarias, el Nuevo, como expresión del testimonio apostólico, es la cima, la coronación perfecta del mensaje que salva y transforma, el mensaje que, hecho vivencia, nos conduce hasta Dios y nos lleva a la nueva Jerusalén. Toda estructura salvífica se apoya en los doce apóstoles. Lejos de su testimonio nos extraviamos y nos alejamos de la verdad revelada.³ Esto deberían tenerlo en cuenta todos los iluminismos modernos, tanto los que se levantan en nombre de discutibles veleidades pseudocarismáticas como los que pretenden imponerse a base de paternalismos eclesiásticos o de subjetivismos anárquicos y radicalmente individualistas. La piedra de toque de la verdad es, y ha sido siempre, el fundamento de los apóstoles y profetas. Tan importante y vital para la Iglesia es esto, que hasta en la santa ciudad celestial, en la nueva Jerusalén, se nos recuerda que el muro protector, lo que nos defiende y protege allí, se apoya en doce cimientos que corresponden a los doce apóstoles del Cordero. Sin estos fundamentos el muro

se vendría abajo y quedaríamos desamparados doctrinalmente. Pero como allí todo es perfecto, el muro de la verdad revelada no acepta otros soportes que los apostólicos.

Un río limpio, de agua de vida, resplandeciente como cristal, sale del trono de Dios y del Cordero (Apoc. 22:1). Nos recuerda los ríos que atravesaban el Edén con sus aguas vivas. Es significativo que el río fluya del trono de Dios, fuente de toda vida y poder, manantial inagotable, caudal suficiente para toda necesidad y para todas las gentes.

El trono de Dios manifiesta igualmente la soberanía divina sobre el Universo visible y sobre el invisible. Es, además, el trono de Dios y del Cordero; un solo trono para ambos. Proclamación clara de la divinidad del Cordero, de la igualdad con el Padre de aquél que gustaba llamarse Hijo del Hombre, siendo, además, Hijo de Dios. Cuando todo conflicto con el mal haya cesado, la soberanía divina será gozosamente manifestada en todo el Universo; la victoria sobre las tinieblas hará más hermoso el brillo de la luz. Porque en la Ciudad de Dios la justicia y el amor, el poder y la belleza saldrán definitivamente triunfadores.

3. Características negativas de la nueva Jerusalén

Las características negativas de la nueva Jerusalén son igualmente interesantes. Acentúan el contraste entre las actuales condiciones de existencia en que se mueve el creyente todavía y las futuras realidades que le esperan. Por lo menos, echamos en falta siete cosas que son comunes en toda ciudad secular.

La ciudad no tiene templo. Como en nuestros viejos pueblos españoles, en cualquier centro de población de aquel tiempo en que fue escrito el Apocalipsis había, como mínimo, un santuario en honor de la deidad local, el cual solía sobresalir sobre las demás casas, haciendo fácil su identificación y acceso. Roma y Atenas estaban tan surtidas de ellos, así como cualquier urbe importante de la Antigüedad, que un viajero satírico dijo que en estas grandes ciudades era más fácil encontrar a un dios que a un hombre. Eran templos con su sacerdocio, su ritual, sus sacrificios, sus fiestas y sus peregrinaciones, que eran expresión del talante naturalmente religioso de todo ser humano. En la Ciudad de Dios, cima perfecta de la comunión del hombre con la divinidad, no hay necesidad de templo: «Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero» (Apoc. R 21:22). El Señor mismo está en medio de sus escogidos, conviviendo con ellos (Apoc. 21:3). ¡Cuánta gracia! ¡Cuánta bendición!

«La ciudad no tiene necesidad ni de sol ni de luna que brillen en ella, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera» (Apoc. 21:23). Los astros fueron creados —según informa el libro del Génesis— para dar luz a la tierra: esta luz, en el fondo, es secundaria, porque no es más que el producto del poder divino que la ha creado. En cambio, la luz de la nueva Jerusalén es el resplandor mismo de la divinidad. Una vez más vemos estrechamente vinculados, indisolublemente unidos, al Padre y al Hijo en esta acción de iluminar la morada eterna de los redimidos.

«Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche» (Apoc. 21:25). En las antiguas ciudades orientales las grandes puertas estaban siempre cerradas durante la noche para proteger a sus habitantes de las incursiones enemigas o de los ladrones. Después de ponerse el sol, para entrar por los pequeños accesos era menester presentar un pase especial a la guardia de la puerta. ¡Qué contraste! La nueva Jerusalén tiene sus puertas abiertas de par en par. Allí no hay ningún miedo, ni temor, porque la misma presencia del Señor protege a los suyos. Por otra parte, en ella sólo entra lo glorioso y lo honroso (Apoc. 21; 26). Y yo me pregunto —sin dogmatizar, ¡Dios me libre de ello!—: ¿No podría ser esto una alusión a los elementos culturales de valor, redimibles, de ciertas civilizaciones o comunidades? El texto dice que por las puertas de la santa ciudad entrarán quienes lleven «la honra y la gloria de las naciones a ella» (Apoc. 21:26). ¿Qué querrá decir esto? Lo que queda claro es que «no entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación, y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero» (Apoc. 21:27).

Efectivamente, otra característica negativa es ésta: «nada inmundo, o que hace abominación y mentira, entrará en ella». Las antiguas ciudades, por lo general, carecían de

salubridad pública. La higiene no preocupaba demasiado. De ahí las terribles pestes que azotaron como plagas espantosas a muchos pueblos de la Antigüedad y de la Edad Media. Las basuras se acumulaban en las calles, y los caminos vecinales servían de desagües. La nueva Jerusalén, por el contrario, no tolera la inmundicia. Por supuesto, aquí el vocablo «inmundo» debe tener un sentido más moral que físico, mientras que el término «abominación» subraya la perversión espiritual, si bien el vocablo en su sentido original era utilizado para describir condiciones de falta de higiene. En cualquier caso, pensemos que junto a las basuras —tanto en las modernas como en las viejas urbes— coexisten escombros morales y plagas sociales de no menor putrefacción ética, como son los vicios sexuales, la delincuencia, la injusticia social, etc. La comunidad de Dios, elevada a su residencia eterna, no conocerá ningún caso de inmundicia, porque allí todo es limpio.

«Y no habrá más maldición» (Apoc. 22:3). El pecado del hombre arrastró a la creación entera con él (Gen. 3; Rom. 8). La tierra fue maldita por causa de Adán; y lo que debería haber sido un medio de realización personal, de creatividad gozosa, se convirtió en angustia económica, en trabajo sudoroso, en lucha sin cuartel para poner subsistir miserablemente. La tierra produjo cardos y espinos, y la relación de hombre a hombre se tornó más bien en lo que define el célebre aforismo: «El hombre es un lobo para el hombre.» Pero todo esto ha quedado superado en la nueva Jerusalén. Con el advenimiento del nuevo pueblo de los redimidos de Cristo la maldición es quitada, y los creyentes no tienen ya más necesidad de luchar entre sí despiadadamente y contra la naturaleza. En la nueva Jerusalén todo les es amistoso, todo coopera con ellos a su realización, porque Dios mismo mora en ella y «sus siervos le servirán» (Apoc. 22:3) en un servicio perfecto que es creación y adoración al mismo tiempo, puesto que el vocablo «servir» significa en el griego original tanto servir como adorar. Dios habrá quitado en la santa ciudad las restricciones que impuso a la tierra para contener el mal desbordado; ya no harán falta estas previsiones. La productividad, la creatividad en todos los órdenes y sentidos, libres de angustias, tensiones, frustraciones y contradicciones, podrán ser disfrutadas en plenitud. Porque no fue el trabajo lo maldecido en el Edén; ni la maldición recayó tampoco sobre la actividad humana. Antes de la entrada del pecado en el mundo (Gen. 2) Dios había encomendado ya al hombre el cultivo de la tierra y el dominio de la creación, instalando al ser humano como regente del Universo, casi con creador y coprovidente con el Señor (Gen. 1:28). La maldición consiste en el trabajo improductivo, en la tierra que se resiste, en las actividades alienantes, en el consumismo sin meta y sin alma, en la vanidad que domina ciertas estructuras laborales y toda forma de economía que, lejos de ayudar al hombre, lo esclaviza. Nada parecido habrá en la nueva Jerusalén: «El Cordero estará en ella y sus siervos le servirán», mediante un servicio que les glorificará, porque en el servicio adorarán, y en la adoración se realizarán en plenitud y libertad.

«No habrá allí más noches (Apoc. 22:5). Nosotros no podemos tener idea de lo que significaba la noche en la Antigüedad. Ni siquiera las grandes aglomeraciones urbanas tenían mucha iluminación por las calles, con los rudimentarios medios de aquel entonces. Los callejones oscuros, las encrucijadas, las plazoletas y otros lugares eran refugio de maieantes. Aun las calles más transitadas de día se convertían, de noche, en lugares peligrosos para el viandante. La gente no solía salir de sus hogares después de la puesta del sol. Y si se veían obligados a ello, por necesidades imperiosas, lo hacían armados o acompañados de servidumbre armada. Bajo la cubierta de la oscuridad tenebrosa el trabajo cesaba y el crimen brotaba. La perpetua iluminación de la presencia de Dios hará innecesaria toda lámpara y todo sol. Al amparo de esta luz divina los habitantes de la nueva Jerusalén se verán libres de todo temor, y entrarán y saldrán con plena confianza.

«Y ya no habrá muerte» (Apoc. 21:4). La abolición de la muerte garantiza a todos los moradores de la Ciudad de Dios un eterno futuro de realizaciones ilimitadas. Se acabaron los condicionamientos del tiempo y del espacio, por lo que la creatividad alcanzará cimas de conocimiento y logros de realización insospechados, inimaginables. La muerte siempre interrumpe algo; pone fin a muchos proyectos, a muchos anhelos, y hace imposible, muchas veces, el volver a empezar, el recuperar lo perdido o el perfeccionar lo iniciado. Exterminada la muerte y con una eternidad por delante, habremos superado todas las servidumbres de lo temporal; se terminó la lucha generacional, los conflictos de edades, las rivalidades, los celos entre jóvenes y viejos, etc. A menudo, como se lamentaba Bertrand Russell (y con ello se oponía a los intentos de legalizar la eutanasia, propuestos por ciertos científicos modernos), cuando el hombre ha alcanzado aquella plenitud vital que le permitiría vivir más sabia y amorosamente, entonces llega su fin. Si la experiencia y la sabiduría acumuladas de muchos

hombres pudieran extenderse por siglos, ¡qué contribuciones no harían a sus semejantes! Su creciente poder mental, su más amplia capacidad de comprensión —nutrida por toda clase de experiencias—. su más afinada sensibilidad, ¡qué aportaciones podrían ofrecer para la creación de civilizaciones verdaderamente superiores! Por causa del pecado la vida del ser humano fue acortada en la tierra. Y entonces fue una bendición, porque si la muerte no frenara el impulso creciente de la perversidad (Gen. 6:1-6), degeneraría de tal modo que acabaría haciendo la vida imposible en un mundo totalmente corrompido. Lo que algunos historiadores han dicho de la existencia cotidiana en ciertas culturas (Asiría, por ejemplo, así como Sodoma y Gomorra), que a nosotros nos habría sido imposible adaptarnos a ellas, porque la vida se nos haría intolerable, asfixiante y mor tal mente angustiosa, podría decirse de toda cultura, de toda civilización y de todo grupo humano si el pecado hubiese podido encontrar a seres con vida eterna para lograr sus propósitos corruptores. Así, aunque la muerte sea la paga del pecado (Gen. 2:17; Rom. 6:23), es, no obstante, una bendición para prevenir la expansión abrumadora de la iniquidad. Pero una vez eliminado el pecado —la causa— Dios puede derramar vida eterna sin límites sobre sus siervos. De esta manera volvemos a recuperar los privilegios y el conocimiento que fueron la herencia original de la humanidad al ser creada. La Ciudad de Dios será la sociedad final, perfecta, eo la que todo hombre y mujer podrán crecer conforme a la estatura que el Creador se propuso al crearnos.

«Ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí. yo hago nuevas todas las cosas» (Apoc. 21:4-5).

4. El cielo es fruto de la obra de Cristo

No podemos olvidar, al poner términos a estos estudios, que toda bendición aquí y ahora, y luego en la eternidad, se halla condicionada a nuestra relación con Cristo. Cristo es el centro del nuevo mundo, la nueva creación de Dios.

La nueva Jerusalén recibe el título significativo de «Esposa del Cordero»; tan querida le es al Señor. Los apóstoles, cuyos nombres se hallan escritos en los fundamentos de los muros de la ciudad, son «apóstoles del Cordero». La presencia del Cordero hace innecesario el templo; su brillo convierte en inútil toda otra luz. La lista donde se hallan los nombres de los redimidos es «el libro del Cordero», y su gobierno es «el trono de Dios y del Cordero». Todo gira en torno al Hijo de Dios, hecho hombre para abrirnos las puertas de la Jerusalén celestial. Servirle a El será la ocupación de los habitantes de la nueva Jerusalén, y en su victoria alcanzaremos los creyentes nuestro propio triunfo final.

El Nuevo Testamento termina con este cuadro. Todo lenguaje, toda poesía, todo estilo, no importa cuan insprado, elevado y sublime sea, es incapaz de expresar las maravillosas perspectivas que se abren ante los ojos del hijo de Dios, el cristiano, el creyente lavado con la sangre del Cordero. El lenguaje del Apocalipsis —ya ¡o hemos advertido— no puede entenderse literalmente (cf. Apoc. 21:15-21, sección que ningún intérprete se atrevería a interpretar al pie de la letra), pero lo que nos dice con su lenguaje propio es suficiente para describir un estado de felicidad y plenitud que trasciende cualquier experiencia que hayamos vivido o imaginado aquí abajo. ¡Qué benditas realidades encierra la esperanza futura que así se nos brinda en Apocalipsis! Un futuro tan glorioso que no hay conceptos para expresarlo, y ante el cual incluso el simbolismo apocalíptico resulta pálido.

La nueva Jerusalén es el objetivo supremo del proceso redentor. No sólo será restaurado lo que fue antes arruinado por el pecado; será creado todo un nuevo mundo —«cielos nuevos y tierra nueva»— mucho mejor, muy superior a todo cuanto fue arrastrado por la vorágine del pecado. El destino del creyente no estriba simplemente en volver a la primera condición feliz del Edén, con la potencialidad de pecado que podría repetirse y así volver a iniciar el ciclo correspondiente de miseria y ruina; se trata más bien de un mundo mejor y superior que el perdido, porque se asienta sobre una redención que asegura una perfecta y total liberación del poder del mal, y una más plena comunión y ligazón con el Dios eterno, por su Espíritu.

La caída del hombre puso de manifiesto el amor de Dios. A lo largo de la historia, con el

correr de los siglos, y se ha evidenciado asimismo la persistencia de ese amor que no cesa hasta conseguir sus propósitos en nosotros los redimidos. Dicho amor suscitó la simiente de Abraham para que, a través de ella, pudiera venir luz (revelación) y perdón (salvación), culminados en la persona de Jesucristo, la más total y completa revelación y salvación de Dios, hecho participante de nuestra condición humana, asumiendo nuestras debilidades y frustraciones hasta la misma cruz y anticipando nuestra propia victoria en la resurrección. El significado de dicha salvación se perpetúa eternamente en la santa ciudad, la nueva Jerusalén; el mismo título que allí se le atribuye: «el Cordero», recuerda constantemente su muerte vicaria y expiatoria. El mismo «rio de la vida del Cordero» es un perenne memorial del poder infinito, vivificador, que fluye de la obra de la cruz en beneficio de los creyentes. Todo recuerda la obra de la cruz; todo queda concentrado en la figura excelsa, sublime, majestuosa, del bendito Hijo de Dios. La unión con El es el secreto de toda bendición; el alejamiento de El, la explicación de toda desgracia.

Este es el glorioso futuro que nos espera: toda una eternidad con Cristo, si verdaderamente somos de El. Y en esto consiste el cielo, pues, como muy bien escribió Tomás de Kempis, el cielo es cielo porque allí está el Señor, y el mismo infierno sería cielo si en él estuviera Cristo.

«Porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos» (Apoc. 22:5)

Notas:

3. Véase J. Gran, El fundamento apostólico (EEE. Barcelona, 1966). También mi Introducción a la Teología (CLIE, Tarrasa, 1973).